



Comisión 8

Índice

1. Si te vi, no me acuerdo. Julián Albarracín
2. Un amor transparente. Ricardo Besteiro
3. Iceberg de calma. Facundo Figueroa
4. Un sueño confuso. Camila Godoy
5. Las niñas de vacaciones en la casa de los abuelos en el campo. Alba Susy López
6. Memoria del amor después de la muerte. Rommel Lozada
7. Atracción. Natalia Marote
8. El cuarto. Milagros Vera

Si te vi, no me acuerdo

Julián Albarracín

Josh salió agobiado de tribunales, donde ejerce como abogado, y emprendió camino a su casa, en la cual vive junto a su esposa Verónica. Cuando finalmente llegó, lo sorprendió su mejor amigo Frank que se encontraba sentado cómodamente en su sillón. Él le comunicó, algo nervioso, que tenía algo fabuloso que contarle y que eso les podía traer problemas con la ley.

—Yo soy la ley—le respondió.

—He adquirido tres barriles de cerveza.

—¿Cómo se te ocurre?—preguntó Josh.

—Tranquilo, los tengo afuera en mi camioneta.

—¿Qué planeas con esos barriles?

—Hoy hay una fiesta fabulosa y no te podés negar a ir.

Esta fiesta se realizaba en casa de Loraine Branco, una mujer perteneciente a una de las familias más ricas de la ciudad. Frank logró convencer a su amigo de que vayan a la velada, pero Josh todavía tenía que convencer o inventarle alguna excusa a Verónica.

—Hola, Verónica. Surgió algo—la increpó.

—¿Qué ocurre?—preguntó ella.

—Me tendré que ausentar para la hora de la cena.

—Está bien, querido. Buenas noches.

Ya en camino a la casa de Loraine, Josh se encontraba algo nervioso e inseguro, y mostraba preocupación sobre quienes asistirían a la fiesta. Una vez allí, él estaba totalmente desinhibido. No podía creer lo que era este mundo, donde todo parecía sacado de un cuento de hadas.

Entrada la noche, Josh se encontró con la sorpresa de que allí también estaba Verónica.

—¿Qué hacés acá?—le preguntó.

—Lo mismo que vos, creo.

—Vámonos a casa, ya.

—Tranquilo, querido. Disfruta de la fiesta—dijo ella, dando media vuelta para irse.

Josh quedó totalmente incrédulo.

Cerca de las seis de la mañana llegó la policía. Los dos amigos lograron escapar por la ventana trasera, rompiendo el vidrio con un golpe de puño. Josh llegó a su cama y se encontró con su esposa. Le volvió a preguntar qué hacía en la fiesta. Verónica, ingeniosamente, le respondió que todos necesitan un poco de diversión en la vida y así la vida puede seguir con toda normalidad.

Un amor transparente

Ricardo Besteiro

Virginia se llamaba aquella joven inocente, de una familia adinerada. De la vida sabía más por lo que había escuchado que por lo experimentado.

El tranquilo paseo por los patios de su morada había finalizado en la escalinata de aquella mansión familiar. Detenida en el último escalón vio entre la arboleda un movimiento cercano al galpón. Caminó hacia aquel lugar sin dudar, sintiendo una curiosidad que fue más fuerte que el miedo.

Cuando se disponía a abrir la puerta del galpón, una brisa sobre el cuello le hizo cerrar los ojos y un estremecimiento se apoderó de su cuerpo. Se dio vuelta muy lentamente, luego abrió los ojos. Solo era una bruma que tenía un movimiento armonioso y parecía tener vida, justo delante de ella. No llegaba a ser totalmente transparente y fue tomando forma, parecía tener manos y extremidades. A medida que la observaba su transformación se hizo humana. Era él, con quien siempre soñaba.

Aquella cara se hizo nítida y hasta una sonrisa se dibujaba mientras se aproximaba. Estaba tan cerca que pensó que un mínimo movimiento bastaría para tocarlo. Sus ojos se abrieron más cuando se dio cuenta que aquella imagen hacía hundir sus labios con una presión suave y sostenida. Era el beso que siempre le habían descrito, pero que nunca había experimentado. Quiso abrazarlo, llevarlo contra su pecho. Sus labios todavía apretados eran el lugar en que su sensibilidad quería concentrarse. Y allí se quedó, sintiendo. Cerró los ojos y cuando los volvió a abrir, se vio a ella misma, a su cuerpo tendido cerca del galpón.

El beso cesó y alejándose lentamente de aquella escena, alejándose de todo, fue bruma.

Iceberg de calma

Facundo Figueroa

“Busco un parche para mí sombrero”. Fueron esas seis palabras las que me dijo James, la entrada a la solución del stress y la inquietud que me acechaba. No resultaron fáciles los últimos días. Con desencuentros y esquivas constantes de Lucy. Esos tortuosos recuerdos de trinchera retomando el tormento inconsciente, noche tras noche. “Total discreción. No hables si no te hablan, no respondas si no te preguntan”. Así de escueto pero contundente, fue el único consejo de James. Sé que suena escueto, pero créanme si les digo que de no tener esa recomendación, mi noche hubiese sido diferente.

Cuando la mayor de las agujas alcanzó a su hermana menor en la cima del péndulo de la sala de estar, me dispuse a salir de casa. Tal fue el deseo de no hacer ruido que solo se oyeron mis pasos flotantes y el acelerado latir de mi corazón. El blanco profundo del entrado invierno adornaba la calle. Me invitó a tapar mis angustias con el sobretodo negro más acogedor del armario.

La incertidumbre que me generaba aquel desconocido ambiente, poblado de la tan conocida gente que lo frecuentaba, hicieron que cambiara mi mejor sombrero de cola baja por una modesta gorra de polo, desgastada por el uso y el tiempo. Las calles, aunque tan vacías como nevadas, me sumergían en el miedo de ser observado. Las cinco cuadras hasta la tintorería de “Los hermanos Tonini”, además de eternas, fueron de miradas constantes hacia cada rincón.

Ya en la puerta, luego de dos o tres minutos congelado frente a ella y ante el miedo, la golpeé tres veces: dos con fuerza y la última como un tibio golpe casi arrepentido y acusando timidez. Un minúsculo y brillante haz de luz violeta se abrió en el centro de aquella puerta. Al instante un ojo verde se asomó, para luego apuñalarme la mirada.

—¿Qué se le ofrece?—soltó una voz gruesa.

Tartamudeando, le ofrecí esas seis palabras que gentilmente James me recomendó. Un breve silencio, mientras el ojo me registraba de pies a cabeza y se alejó. Ya sentía el fracaso cuando escuché del otro lado el sonido de tres candados abriéndose. La luz violeta se mostró por la incipiente apertura. Una mano apareció por ella y me absorbió como quien frena a su hijo cuando quiere cruzar el tranvía, mientras el tren se acerca. Caminé casi arrastrado por el empuje de la mano sobre mi hombro unos veinte pasos. Supuse que ese lugar era la sala de atención de la entonces penumbrosa tintorería. Cuatro potentes golpes de puño cerrado al ritmo de un platillo de jazz y un portón corredizo se abrió.

Temblaba. Era consciente de ser un vecino común del pueblo entre los sujetos más rudos y misteriosos de los que tenía conocimiento. Todos sentados en mesas redondas, adornadas con fichas y cartas de baraja inglesa. Dispuestas entre las enormes planchas a vapor y difuminadas por una densa niebla de nicotina. Niebla que, junto con el abrupto cambio de clima, fue la culpable de mi primera intervención en la noche. Un ronco ataque de tos, ronco y molesto. Inmediatamente todos me miraron e inspeccionaron como aquel ojo verde en la puerta, pero retomaron su actividad lúdica sin reacciones mayores. Ese fue el primer alivio de la noche. No llegué a dar un paso, cuando reconocí la voz de Luca Tonini, el menor de los tres hermanos. En su tan particular anglo-italiano exclamó:

—Richard Smith... ¡Raro verlo con su saco más caro fuera de su oficina!

Solo apelando al recuerdo del consejo de James, acerté a contestarle, ya sin tartamudeos.

—Tal ocasión lo amerita.

Sonrió con una carcajada palmeando mi espalda. Me invitó a sentarme junto a él y su grupo de juego. Después de todo, hizo bien Lucy con tanta insistencia en gastar un poco más y lavar mis trajes en la tintorería.

No fue hasta sentarme y rechazar el puro que tan gentilmente, me ofrecieron aquellos caballeros, que no sentí pertenencia. Tanto adinerado codeándose con obreros, médicos y algún que otro veterano que supe reconocer, todos reunidos por una misma razón, con los mismos temores y dolores que yo. Tal fue la complicidad, que sin saberlo y sin pedirlo, Luca se apareció detrás de mí. Me dio una de las cosas que más

amo en la vida: un *whisky ontherocks*. Tan fuerte como el frío de aquella noche y amargo como la soledad de trinchera. Al primer sorbo borró en mí todas las razones que me habían llevado a la tintorería. No exagero en absoluto. Menos al afirmar que fue tal el olvido, que ni siquiera los recordaba cada noche que desde entonces me encontré entre humo, planchas y alcohol.

Un sueño confuso

Camila Godoy

Era un abril muy atípico, el calor no solo acompañaba nuestra rutina, sino que se había convertido en el dueño y señor de ella. En cualquier momento del día, nuestros cuerpos ansiaban fervientemente una sensación de frescura.

Mi familia estaba compuesta por quien les habla, mi esposa y mis dos pequeños hijos. En esa época, nuestra convivencia estaba plagada de roces debido al desubicado otoño veraniego. Añorábamos piletas, refrescos y paseos al aire libre, pero nos teníamos que conformar con escuelas, oficinas y hogar.

Los problemas en la oficina tazas de café derramadas sobre el escritorio, números que no cuadraban y enfrentamientos con el jefe- se sumaron a los dilemas familiares. Julio y sus constantes peleas con sus compañeritos, Lucía y su negativa de asistir al jardín de infantes. El aire acondicionado que seguía empecinado en no funcionar bien. Decantaron en causarme malas experiencias en relación al sueño. Sentía que dormía, pero no descansaba.

Mis días transcurrían entre papeles y quimeras. Una parte de mí trabajaba normalmente y la otra soñaba con vacaciones en familia en las cuales pudiéramos deshacernos de ese mortífero calor.

El agotamiento, las altas temperaturas y los conflictos hogareños dieron lugar a lo que el doctor denominó: comportamientos inusuales durante el sueño. La consulta médica se dio tras un extraño episodio.

Una noche, durante la cena, Julio, mi hijo mayor, me dijo:

—Papá, mañana quiero ir a la playa, no a la escuela.

—Julito, querido, estamos en etapa escolar, no podemos dejar todo e irnos de paseo.

—Eres malo papá.

Decidí terminar la charla en ese momento. Conocía la terquedad de mi hijo y su rebeldía ante un no.

Esa misma madrugada, en un profundo estado de letargo, preparé todo lo necesario para una salida familiar. Heladera portátil, reposeras, sombrilla y juegos para la arena. Saqué a los niños de su cama, los coloqué en sus sillas de viaje y me dispuse a partir. Simultáneamente, en nuestra habitación, mi esposa notó mi ausencia y algo extrañada salió en mi búsqueda. Para su sorpresa, me halló en el garaje a punto de partir con los niños.

Tras ese confuso episodio, el médico recomendó unas hierbas naturales. Para mi desgracia, no surtieron efecto y siguieron sucediéndose hechos de ese tipo.

Cierto día, Iris, mi esposa, expresó su descontento con Otto, nuestra mascota. El ingenioso can decidió vengarse, tras su castración, rompiendo todas y cada una de las flores del jardín. La irritación familiar fue tal que amenazaron con buscarle una nueva familia. A la mañana siguiente, Otto amaneció en la vereda, dentro de una jaula en la que colgaba el cartel: "Se regala".

La familia tomó esta sucesión de acontecimientos de manera graciosa. De modo que el fatal incidente, que acarreó mi sonambulismo, sobrecogió a todos.

En la noche del desastre, Iris al llegar de su trabajo expresó:

—¡Ay amor, el calor y el tráfico me tienen harta! Juro que daría la vida por descansar en un lugar fresco y tranquilo.

Esa declaración fue el puntapié para que yo, su marido, la matase mientras dormía y colocara su cuerpo en el congelador de nuestra casa.

Siempre me agradaba complacer a Iris, es por eso que durante mi somnolencia y sin tomar conciencia de lo que hacía, la asfixié con la almohada, la arrastré por toda la casa hasta la cocina y la deposité, según su deseo, en un lugar fresco y tranquilo para que descansara.

Hoy, cuento esta historia desde la cárcel, mientras cumplo con mi condena. El arrepentimiento y el temor no me abandonan, me horrorizo de mí mismo y de lo que es capaz de hacer mi yo durmiente.

Las niñas de vacaciones en la casa de los abuelos en el campo

Alba Susy López

Mi prima y yo siempre íbamos a la casa de los abuelos en el campo durante las vacaciones de invierno. La pasábamos súper genial, jugando y compartiendo buenos e inolvidables momentos. Pero los más valiosos recuerdos de aquellos tiempos que pasábamos juntas, eran en los que ayudábamos a la abuela en la cocina a preparar el menú del almuerzo. Que era un exquisito manjar que brindaba una sensación especial al paladar de quienes tenían el placer de disfrutarlo.

Recuerdo que con Patricia solíamos pasear por lugares hermosos y destacados, y nunca dejábamos de ir a la zona histórica donde sucedieron los acontecimientos que motivaron el surgimiento de la ciudad y le dieron su nombre, que continúa hasta la actualidad. Es por eso que la llaman un lugar de hechizos y de ensueños.

Nos divertíamos con todas las actividades que nos brindaba el paisaje. También con el hecho de que la abuela nos dejaba participar del preparativo de las comidas, del cual aprendimos mucho la forma en que ella cocinaba.

Cuando terminábamos de almorzar, con Patricia íbamos a jugar al amplio patio que tenía la casa de los abuelos. Un día se nos ocurrió en que éramos súper heroínas y decidimos que haríamos el personaje de la Mujer Maravilla. Cuando de repente, todo explotó y empezamos a pelear porque ambas queríamos ser la misma heroína. Nos agarramos y tiramos de los pelos. En un momento ella pegó un grito y llamó a la abuela que, al escuchar, vino corriendo y se acongojó por ver lo que estaba sucediendo.

Mi prima se quejó y la abuela me castigó por el hecho. No sé si eso fue lo que más me dolió, o la pelea que tuvimos que, para mí, resultó verdaderamente triste y bochornosa, ya que nunca antes, por ninguna razón alguna, nos habíamos peleado o discutido entre las dos.

La verdad es que yo amaba profundamente a mi prima, que también era mi mejor amiga y nunca se me había ocurrido que tendríamos un episodio así. Bueno, igual ya pasó y lo más hermoso es que todavía lo siento como si hubiesesido ayer. Me emociona saber que hemos pasado juntas y felices esos tiempos que ya no volverán en

nuestras vidas. Porque ella ya no estará conmigo acá, en la tierra, sino que desde dónde estés, será siempre “mi amiga de luz”. Dedicado con cariño a mí amada Patricia.

Atracción

Natalia Marote

Era una tarde soleada de primavera. Virginia montaba su caballito preferido en el campo donde ella vivía. Cabalgar siempre fue una de sus rutinas favoritas. Mientras ella lo hacía, se cruzó a un joven lindo y apuesto con una mirada que la enamoraba. Claro, ella siempre sintió algo especial por Sir Simon.

Al verlo, ella hizo frenar a su caballo y lo saludó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hola, Sir Simon!—lo saludó con entusiasmo.

—Hola, Virginia—respondió tímidamente.

Los dos no sabían qué hacer en ese momento. Un silencio incómodo mediaba entre ellos, hasta que Virginia logró romperlo.

—¿Quieres cabalgar conmigo a caballo?—le preguntó la chica.

—No sé, tengo muchas cosas que hacer—respondió él.

—Vamos, Sir. Es solo un ratito—le suplicó la joven.

Al principio, él dudó de la propuesta, pero aceptó. Los dos montaron a caballo, ella adelante y él detrás. Ambos no decían palabras. Sir Simon podía sentir ese perfume de rosas, el favorito de Virginia, y estaba muy concentrado oliendo ese rico aroma. En ese momento el caballo hizo un movimiento brusco y los dos cayeron al piso. Se miraron fijamente, solos, ellos dos, no había nadie más. La caída fue tan fuerte que no les importó si se lastimaron.

Virginia y Sir Simon estaban muy cerca, a un centímetro de besarse. Sus respiraciones eran entrecortadas. Se levantaron rápido y lo primero que quisieron saber es si se encontraban bien.

Luego de lo ocurrido, se subieron de vuelta al caballo. Sir Simon no podía olvidar lo que había pasado, esa imagen quedaría guardada en su mente. Estaban muy tranquilos montados a caballo, pero Sir Simon temía que vuelvan a caerse. Para evitarlo, tomó de la cintura a Virginia. Se imaginó muchas cosas: fantasías eróticas se

cruzaron por su cabeza, pero rápidamente, salió de esa imaginación y se concentró en no caerse.

Virginia sentía como Sir Simon la tomaba de la cintura y pedía por dentro que la bese de una vez por todas. Quería sentir los labios del joven, cada vez que imaginaba eso, sentía mariposas en el estómago. Ella soñaba con él. Pensaba en él. En su mente no había otra persona que estuviese en sus pensamientos.

El paseo terminó. Se bajaron del caballo y el chico le agradeció a Virginia por ese tiempo libre. Ella sonriente le dijo que le gustaría repetirlo. Él no le respondió y la saludó despidiéndola con un beso en la comisura de su boca. Volvieron a mirarse fijamente, sin decir una sola palabra. Él se retiró. Virginia lanzó un suspiro. Ambos sabían que se sentían atraídos, locamente.

Memoria del amor después de la muerte

Rommel Lozada

Irrumpimos la paz de aquella pequeña habitación en busca de algo grande: hacer una guerra de amor. Virginia caminaba como recorriendo el lugar; cama estrecha, ventana alta, un par de viejas cortinas y una solitaria silla en el rincón. Se descubría a sí misma en el reflejo de la ventana mientras yo, disimuladamente, entraba al baño en busca de algo de valor. Estaba nervioso, apenas podía sentir mi pulso. Desprendí violentamente los botones de mi camisa, el frío erizó mi piel y la luz de la luna me descubrió por la ventana. Pálido, de pie frente al sucio espejo, respiraba profundamente y veía mi reflejo, o más bien sentía que él me miraba a mí.

Botones libres, cinturón fuera y puerta abierta. Caminé despacio y un suave aroma me llegó de frente. Era mágico, como si el más suave perfume me enredara en la belleza pura de aquella pequeña mujer, y yo solo la miraba. Reposaba en la cama con su vestido gris, medias cortas y sin zapatos; casi dormida sobre aquel ligero manto color

marrón. Respiraba profundo y la luz interrumpía por la ventana, cubriéndola de un brillo casi angelical; me recosté a su lado, apacible, e instantáneamente sentí su respiración rozando mi pecho. Acaricié su pelo lacio con la punta de mis dedos, mientras mi otra mano se aventuraba por el costado en busca de aquellos botones que desabrocharían su vestido y me abrocharían a la vida. Parecía dormida, pero entre cada travesía de mis manos en su espalda, me ayudaba entre giros y empujones a acortar el camino al encuentro entre su piel y la mía.

Botón a botón, beso a beso, caricia tras caricia, cayó aquel vestido gris de adornos blancos. Finalmente allí estaba, hermosa, cálida y temblorosa. Yo la veía, ella gemía. El deseo se apoderó de mí, casi incontenible, pero yo solo la miraba. La contemplaba recostada boca arriba semi dormida, semi desnuda. Ya no tenía aquellos trozos de tela gris que la cubrían, pero para eso ahora estaba la luna y su brillo penetrante. Sonrojado, me aventuré con una caricia con dirección a la nada y terminé apenas rozando con la yema de mi dedo índice su hermoso abdomen delgado. En aquel momento, descubrí los placeres de la vida y, en mi caso, el inverosímil placer de sentir amor aun después de la muerte. Conozco bien ambos placeres, pero ninguno vale más que el amor. Me levanté y abroché mis botones, me senté a su lado y la contemplé dormida, pura y casi angelical. Me encantaba así, y así se quedaría. No le arrebataré su inocencia por placer y me llevaré su recuerdo, ya que gracias a ella descubrí lo que es el amor después de la muerte.

El cuarto

Milagros Vera

Virginia entró lentamente al cuarto. Allí estaba Simón sentado en un sillón tristemente. Ella fue por detrás y comenzó a hacerle unos movimientos leves con la mano. Iba despacio de arriba hacia abajo, desde su hombro hasta su mano, provocando un erizamiento en todo su cuerpo.

Él le acariciaba suavemente el lóbulo y la miraba fijamente a sus ojos brillantes como diamantes. Lo dejaron impactado ver como brillaban.

De repente, escucharon unos pasos por el pasillo y se quedaron mirándose el uno al otro. Ella fue a vigilar a que no hubiera nadie. Se encontró con la silueta de uno de los gemelos y corrió despacio para no hacer ningún ruido, pero justo la vio y le preguntó:

—¿A dónde vas con tanto apuro?

—Tengo cosas que hacer en la biblioteca—ella contestó.

El gemelo sospechó un poco, pero la dejó ir y Virginia volvió con Simón al cuarto.

Al encontrarse rosaron sus cuerpos. Sintiendo una ligereza al tocarse. Con la pasión que cada uno de ellos llevaba dentro. Al salir ella del cuarto, él ya no estaba.